Casa para estudiantes

Novela de tentación

Diego San José

A Fernando Mora, muy notable novelista,
espíritu fuerte, hombre de bien y amigo de corazón.

I

En que se ve por de dentro el famoso mesón de El Degollado

Ningún otro como este mesón había en toda la cortesana villa tan favorecido por arrieros y trajinantes; los demás de aquella parte donde se hallaba asentado, que era al promedio de la calle de Toledo, teníanle reconcomios y harto dolíanse de su prosperidad.

Los pajeros de Getafe, Parla y Fuenlabrada, en él hacían alto como si fuese santuario, aunque no más se empleasen de en tomar la mañana, pues los aguardientes y letuarios que en la puerta se servían eran de los más cabales de por allí.

No, si no dijeran los forasteros que viesen tal trajín, que para entrar en la corte se pagaba portazgo y era aquel el lugar convenido.

La fama teníala bien hecha (Dios sea loado), pues era el huésped de los pocos del oficio que traían la conciencia sin remiendos, y las guisanderas tenían cédula examinada y contrastada por los más ilustres priostes del gremio.

Allá las liebres eran tales como el Señor consintiérales en el mundo, y no gaticos disfrazados, como solía acontecer en los demás mesones, ventas y posadas del universo mundo.

El Degollado*, dux* de aquella desordenada república, a pesar de su apodo patibulario, era un buen hombre, que atendía a la parroquia con crianza y esmero, sin consentir desmanes ni despropósitos de nadie, que no era de la condición pacífica y medrosa que en novelas y en romances se ha dado en atribuir a los venteros, sin que ello sea cosa que tenga sólida base, porque todavía no sé yo que el arrojo o la propiedad de espíritu recójanse, como arrepentidos y malventurados, a gremios precisos.

Débanle este apodo por cierta prolongada cicatriz que tenía en la parte derecha del cuello. Y ella más bien era cédula de bravo y honorable que de pícaro, pues parece que hubo de ser hecha por la vengativa espada de un flamenco en el famoso sitio de Amberes, durante el levantisco y devoto reinado del segundó Filipo.

Entre la vida y la muerte estuvo el hombre harto tiempo, pero antojósele al Señor que aún quedaban en su vida bastantes y dolorosos capítulos que leer y dióle de nuevo la salud.

Eran imanes del buen cuido que dábase en la posada dos lindísimas joyas de carne morena, que eran hija y esposa del maeso.

La moza, por aquellos días cumpliría los dieciséis abriles, que eran más bonitos que dieciséis blancas de Castilla recién acuñadas.

La matrona, ya había salido de los treinta y seis, con toda la pompa y majestad del sol por el agosto.

Poco dejábanse ver, que más que criadas de la clientela eran señoras de todos.

La niña tenía su menester en ser guardadora de la plata (que mucha y buena había para los casos de huéspedes de rumbo), y la madre era como abadesa de las guisanderas y azafatas del mantel y la escoba.

Tal hidalgo de campanillas, teniendo muy ancha y cómoda mansión donde aposentarse, buscaba posada en la de El Degollado por estar cerca de tan apetecible vecindad.

Harto conocíalo el socarrón; mas como en la honradez y virtud de su gente fiaba tanto como en Dios, reíase y admitíale, porque sabía que ello era grosura para la bolsa y obligada contribución que pagaba un necio.

Y aún de vez en vez le embromaba haciéndose él mismo del bobo y oficioso, y diciéndole:

—Y ¿cómo van esos negocios, mi señor don Fulano?, que yo más sé de lo que se piensa, y si no estuviese mal, por quien soy, a fe que le diría, qué corazón se está como en el infierno por el buen amor de vuestra merced. Ande y no desmaye, que Dios premia la constancia.

Y así, en esta manera, plácida y próspera para las gavetas de El Degollado, pasaban los días por aquel anchuroso patio, por los amplios aposentos y por las luengas cuadras del mesón, uno de los mejores en Madrid durante el devoto y mísero reinado del señor rey Don Felipe III de Austria...

*

* *

Durante los fríos días del invierno, la ancha nave de la cocina sustentaba lo más granado del gremio arrieril que recorría entrambas castillas.

Como nunca faltaba qué hacer, no estaba un solo momento el hogar falto de leña, que era alma de los guisos y consuelo de las hambres.

De todo se hablaba, y cada cosa encontraba en el rústico senado un defensor y un comentarista.

Los sucesos de dentro de la corte y los que llegaban de los campos en que España imponía su dominio a sangre y fuego, borbortaban allí como el agua en las ollas puestas a la lumbre, y que habrían de ser de allí a poco necesarísimo y confortador refrigerio.

El covachuelista que en el zaguán ofrecía su ciencia escribana a los malventurados que no entendiesen de letra, abría cátedra de sus vastos conocimientos.

Con tanto respeto escuchábanle todos, como si de su desdentada boca fluyera copiosamente la sabiduría de los siete sabios de Grecia.

Ya él dábase muy buena cuenta de esta sumisión admirativa, y hablaba y mandaba en las opiniones y en los pensamientos de todos como el rey en sus vasallos...

De todos los reinos de España había alientos, alegrías y penas en aquel patio.

El sol recio de las llanuras de la Mancha, que seca la tierra y cuartea la piel y en la aspereza de las vides se entra, estaba en la mocedad de media docena de arrieros y hasta en veinte corambres de vino. Y de vez en vez, el quebradizo y ligero metro de las seguidillas alegraba los ámbitos.

La parda Castilla, tierra austera, que es madre de místicos, de pensadores y de pícaros, solía tener muy gentil representación en trajinantes de Arévalo, mercaderes de Ávila y pañeros de Segovia.

Ganaderos astures y leoneses, también con la rudeza armoniosa de su habla, dejaban bien representado su terruño.

Aragón, Murcia, Andalucía y Cataluña, con sus frutos, sus sedas y sus flores, tenían semanalmente en el mesón de El Degollado, un hálito de su vida.

Regodeándose en mirar sus repletas mesas diz que solía decir El Degollado:

—Más me valen las naves de esta casa, que al rey las que le llegan de Indias.

II

En el que se ve que el Diablo anda suelto y viene a hospedarse en el mesón

La primavera había llegado, y los amplios patios del mesón eran entonces, más que nunca, mesa revuelta de todas las regiones de España.

Los frutos y galas que en ella se crían, esperaban allí vez para repartirse por la coronada villa.

Aposentos, cámaras y graneros, amenazaban venirse abajo, al peso de tanta gente, y tanta mercadería.

Érase al caer de la tarde.

Allá, en el fondo del patio, junto al brocal del pozo, por más cerca tener la frescura, cuatro o cinco mozos de malas oraban en el libro desencuadernado la oración del bienaventurado Jorge.

Era la partida alegre y bulliciosa, sin que en ella atravesáranse gruesas cantidades que pudiesen traer (conforme fuesen ganadas o perdidas) la ruina o la fortuna de alguien.

La espléndida mesonera y su gentil retoño, presenciaban muy distraídas el torneo de reyes, caballos y sotas.

El Degollado, por allá adentro andaba mirando a aderezarse por sus mismas y expertas manos una suculenta ensalada, que a un mismo tiempo refrescárale la sangre y le llenara el estómago.

Zaguán adentro, embocó con mucha parsimonia, un valentón de oficio.

Era alto y fornido como una torre.

Con la diestra mano, apartábase del rostro el embozo de la capa, dejando al descubierto dos gavilanes que querían aparecer como bigotes, y un rostro con más vías y contravías que un mapa.

Algunos de los jaques que merodeaban alrededor de la mesa donde el bellaco Jorge padecía tormento de oreja, saludáronle con mucha fineza, como si el hombre fuese general de ellos.

Acercóse. Por un buen espacio miró la marcha del juego, sin que los entretenidos, atentos a la devoción de oros, copas y bastos, parasen mientes en su merced.

Ya escarceaba las faltriqueras para meter su baza, cuando vinieron sus ojos a reparar en la apetitosa lozanía de la señora Gerarda, que tal llamábase la bizarra compañera del señor Degollado.

En alto quedóle la mano, con la puesta agarrotada entre los dedos.

—¡Vive Dios!—dijo a la par del oído de su merced—, que de esta clase, son los reparos y medicinas que tiéneme recetados el doctor, para—una cruel enfermedad que me acaba la vida.

De soslayo, y más por ver de dónde partía tan atrevido galanteo, que por curiosidad ni halago, miróle Gerarda, y empujando un algo a su hija, hízose más allá.

—¡Vayan esos cuatro reales a la sota —dijo a este tiempo el bravonel— mas, miren cómo me los ganan en buena ley, que si no... —y tornando a mirar a la dama prosiguió: —aunque más holgárame de que me los llevara el diablo, por aquello que dicen de: «Desgraciado en el juego, afortunado en amores».

Tomó la postura el mozo que oficiaba de guía en la burlesca devoción y dio cartas de nuevo.

Salió carta contraria, con lo que fuéronse los reales camino de los desvanes del recuerdo.

Por segunda vez echó el hombre mano a la faltriquera, y sacando un real de a ocho, dijo asaetando más que mirando a la huéspeda.

—Vayan estos, por la luz de esos ojos negros, aunque plegue a Dios que los pierda, que ellos se habrán dejado perder por buena causa.

Esta vez, ganó; tomó la ganancia, miróla muy despaciosamente, y echándose con la siniestra el bien enfaldado chapeo sobre las cejas, fuese hacia la dama mesonera, y poniéndosele muy junto hablóle de esta suerte:

—No soy codicioso tahúr que me aproveche de las venturas y azares del juego, y así quiero que este puñado de reales ganados en buena lid, valgan para que con ellos se merque un collar, o lo que tuviere gana, la mujer más bonita de la Corte.

Y como si la osadía fuese poca, atrevióse a posar la sucia y nervuda mano sobre el ebúrneo cuello de su merced, quien respondiendo con un fuerte manotón, sembró los reales en torno de la mesa.

—Zahareña y espinosa es la madama —exclamó el bellaco— más, por Dios, que conmigo no valen tamañas zalamerías, y habré de curarme de ellas.

Avanzó osadamente a tomar la venganza prometida, en los frescos y carnosos labios de su merced, pero aquella otra mujercita en flor que era tan pulida, se interpuso, y su blanca diestra, que era como una azucena nevada, restalló a este tiempo como un látigo negrero en toda la faz del desvergonzado valentón.

Pusiéronse en pie los cofrades de Juan Bolay, y empujando a las dos mujeres hacia la cocina, rodearon al bergante, que sin duda hubiese tomado cobarde y ruin venganza de aquella blanca ofensa.

En esto apareció El Degollado, que no sabía cuya fuese la salsa de aquel guiso y trató de poner paz entendiendo que la jerigonza era pleito del juego.

—¡Cuerpo de mi padre! —dijo—, que ya recelaba yo, que esta flaqueza mía en permitiros jugar, habría de dar tales resultados. Váyase cada uno a su menester y no quieran que entre yo a poner orden, que tal pudiera dar el naipe, que alguno le quebrase los cascos.

Y con dos manotadas que dio a derecha e izquierda, deshizo el barullo.

Así como vio la cara desconocida del jaque, le dijo:

—Y a vuestra merced, señor bueno, ¿qué buena ventura le trae por aquí?

—Y usted —replicó muy fachendoso el preguntado— ¿es por acaso corregidor, alcalde o alguacil siquiera que tan autoritario se atreve a interrogarme? Yo soy, quien soy.

—Pero aquí no será más que yo, que soy el amo de la casa, y si no me satisface la presencia de vuestra merced, puedo echarle ahora mismo a la calle.

—Y ¿soy yo hombre que lo sufriera?

—Basta con que yo sea hombre que me lo proponga.

—Pues, mire que me quedo.

—¿Cómo?

—Tomándoos un hospedaje.

—¿A eso veníais?

—Cabalmente; pero al entrar, topéme con el remedo de garito que estos hombres tenían, y como soy muy devoto de San Jorge, metíme en la cofradía. Parecióme que no jugaban tan limpiamente como es de ley, protesté, y levantóse el polvo que se ha visto.

Los demás dejaron pasar tan embusteras palabras, por no descubrir la causa cierta, aunque en su pensamiento tenían ellos decidido el saldar aquella cuenta.

—Pues, quédese en buen hora —dijo El Degollado,— y en el tiempo que esté en mi casa mire a tener mejor perder. Un aposento hay en ese corredor, en él puede meterse si me da cada día tres reales, más la comida aparte.

Respondió que sí el bravonel; dio lo del día, y tras ello, vino el Diablo a hospedarse en el mesón.

III

En que el Diablo no deja de enredar

Nadie fue atrevido a decirle al Degollado quién era el nuevo huésped, ni la causa cierta a que dio lugar, y quien más recomendaba y rogaba que sobre ello guardárase secreto, era la señora Gerarda.

—¡Si él lo supiera, ¡vélame la Virgen de Atocha!, para qué queríamos más día de fiesta!

De esta manera pasaron dos o tres días en gracia de Dios.

Durante ellos, solamente a la caída del sol salía el bravo hasta las oraciones, y sacando una silla a la puerta de su aposento, estábase gozando del fresco hasta la hora de la cena.

Mas en la otra tarde vínose toda la tranquilidad por los suelos. Tornaron mozos y arrieros a entretenerse con el fuego. La señora Gerarda y su hija, sin acordarse ya del

percance anterior más que de las nubes de antaño, volvieron también a entretenerse con verles jugar.

Llegóse quedamente el mal encarado y peor dispuesto, y poso su ofrenda, diciendo:

—Vaya por los bellos ojos de esta morena, y bendiga Dios esta posada, que tiene para ella sola tan encendidos luceros.

Temblaba la opulenta matrona, y replegóse cuanto pudo con su hija hacia el hueco de la escalerilla que servía a los jugadores por baldaquino, donde no podía seguirse la intrepidez y desvergüenza del rufián.

Durante este breve espacio habíanse dado las cartas y hecho el juego.

La puesta en honor de los bellos ojos había quedado en favor del banquero.

—Eso no consentiré yo, —exclamó el perdidoso— porque fuera el alzarse con ella, mas que sea en buena ley del juego, como no ser para mí esta mujer.

Dio un empellón al mozo que tenía delante, y echando la garra sobre la mesa, tomó la baraja, la cual, como si los cuarenta naipes fuesen uno solo, partió en dos mitades.

No habíanse aún repuesto los jugadores ni apercibido para responder debidamente a tan insolente y retador atrevimiento, cuando apareció en la mesa otra baraja, atravesada por la daga del valiente.

En este mismo punto y hora que toda la comunidad estaba sin resuello, fue cuando se le antojó al mismo diablo que urdía toda la tragicomedia, que llegase El Degollado.

Desde la puerta de la cuadra había oído las últimas palabras del baratero, y hasta él llegóse, mudada la color del rostro y negra como la pez la sangre.

—Aquí no se quieren alfileres ni gallinas —rugió. —Vosotras, ved si tenéis que hacer algo por allá adentro, que ninguna falta hacéis donde los hombres.

Cabizbajas y medrosas, obedecieron entrambas mujeres, y aún parece que alguno de los que en la empresa de azar se divertían, hízose cuenta de que también con él iba el mandato, y siguió el ejemplo de retirarse.

Luego de que hubieron quedado los hombres, llegóse el maeso al provocador, y tomándole reciamente por la cinta de la espada, le arrojó en rostro, más bien que le dijo, tales razones:

—Es la segunda vez que habéis alborotado en mi casa, y como no estoy dispuesto a que de aquellas puertas para dentro díganse más razones en voz alta que las mías, he dispuesto que ahora mismo salgáis de aquí.

Iba a responder el otro, pero antes de que pudiese hablar palabra, continuó El Degollado:

—Y no me repliquéis, porque tal puede pintar el aire, que si no salís por vuestros pies, os saquen los míos...

Y empujóle tan violentamente, que en poco estuvo que no diese en el suelo con toda su corpulenta humanidad.

—Ved aquí, amigo,— habló el humillado, pugnando por mantener el equilibrio— que acabáis de firmar vuestra sentencia de muerte. Ya podéis poneros a bien con Dios, si tenéis algún pecado de que pedirle clemencia, que nadie ha puesto su mano sobre El Cardoso, que lo haya contado una hora después.

Rápido como un rayo, y dicha apenas la última palabra de esta amenaza (que aún el eco de la última sílaba zumbaba en los ámbitos), arrojóse sobre la daga que yacía en el suelo, y con ella levantada en alto, fuese sobre el arrogante y arrojado huésped...

Mas no estaba el hombre confiado, y como vio lo que veníale encima con tanta saña, asió de un escaño que tenía junto, y antes de que el armado y vengativo brazo cayera mortífero sobre su carne, el corpachón del bellaco derrumbábase estrepitosamente sobre los duros pedernales del patio, con la cabeza hendida casi hasta los mismos sesos...

IV

Dónde comiénzase a hilvanar la verdadera trama de esta historia

Por el desgraciado fin que hubo el anterior capítulo, este que se comienza va un punto más allá que aquel famoso en que el numen excelso de Miguel de Cervantes prosiguió la sangrienta aventura del Ingenioso hidalgo con el valiente vizcaíno.

El. capítulo aquel comiénzase cayendo la tajante y ofensiva espada que en las agonías del anterior quedara en alto sobre la dura cabeza del levantisco escudero, y este de aquí tiene su principio, con todo el mal ya acaecido, que es la cabeza del ofensor, hendida, nublando el duelo los hermosos rostros de la señora Gerarda y su hija Inés, el espanto en los mozos, la confusión en El Degollado y la justicia en la casa.

Apenas cayera el cuerpo de aquel maldecidor como zaque roto, no faltó comadre o muchacho que saliera a la calle gritando:

—¡Favor, socorro, que han muerto a un hombre!

De una tabernilla próxima salieron a la luz del día, como medrosos lagartos, dos corchetes.

Una vez sabedores de que en su misma casa estaba el delincuente y que el natural atolondramiento causado por el mal negocio, que fue harto más allá de lo que él se propusiera, teníale sin defensa ni cuidado de su persona, entráronse zaguán adentro

con las negras en la mano, más bravos y enteros que el santo rey Fernando cuando fue a la conquista de Sevilla.

Lo primero con que toparon fue con el cuerpo sin alma.

Poco más allá un grupo de gente comentaba la tragedia. Dentro, oíase el llanto de las infelices mujeres, inocente causa de todo. El Degollado, así como vio a los corchetes, fuese hacia ellos, y presentándoles las manos cruzadas por las muñecas, les dijo:

—No hice más, amigos, que defender mi honor y mi vida; fui, por mi mal, más allá de lo que pensaba; aquí me tienen; hagan de mí lo que sea menester. Un Dios hay en el cielo, que un día nos juzgará a todos.

Ni aun supieron qué responderle los esbirros.

El uno de ellos sacó una cuerdecilla, dispúsose a sujetar aquellas robustas manos, que tan nobles y honradas se le ofrecían; pero el otro, hombre de más mundo o mejores sentimientos y conocedor de las buenas prendas del delincuente por fuerza, dijo, apartando al camarada:

—Deja tales formalidades para gentes de otra condición, que acá el señor Leandro es otra cosa. Cuando él ha hecho lo que se ve, no pienses que habrá sido por maldad de la sangre, que sus motivos sobrados habrá tenido. Yo sé que el pájaro este, que ya no piará, para esto y mucho más tenía hechos méritos. A nosotros no nos cumple más de entregar a este buen hombre, y como él es honrado, por honrado le hemos de llevar.

Dejáronle luego que lastimosamente se despidiera de los pedazos de su alama, y colocándolo en medio, salieron con él, calle de Toledo adelante, hacia la cárcel de Villa.

No hay para qué decir el duelo con que la señora Gerarda e Inesica quedarían viendo cómo en un solo instante huíanseles, cual cervatillo perseguido por hambrientos alanos, la fortuna, la dicha y el amor, que por tantos años habían permanecido encadenados a su voluntad.

De ahí a poco llegaron escribanos y alguaciles, y poniendo su fúnebre garra sobre lodo, dejó a buenas noches el opulento y famoso mesón de El Degollado.

V

En el que se ve la amargura y necesidad de la vida

Desamparadas de todo, y viéndose sin más hacienda que el día y la noche, hubieron las infelices mujeres de acogerse al mezquino abrigo de una parentela que habían en Alcalá de Henares.

La despedida que hicieron a la casa donde los mejores años de su vivir habían transcurrido, fue tan doliente y lagrimosa, como la que es fama y anda en muy graves y verídicas historias, que hiciera aquel último rey moro Boabdil el Chico a la ciudad de Granada.

Uno de los arrieros manchegos que paraban en el mesón fue quien brindóse, sin interés alguno, a trasladarles a la ciudad doctora.

Acá, en la cárcel de Villa, quedaba solo y desesperado aquel buen hombre, esperando a que jueces, escribanos y alguaciles hicieran la autopsia de su delito y envíaranle después a pudrirse en alguna galera del rey nuestro señor.

*

* *

Aunque con buena cara de sus parientes fueron acogidas hija y madre, como nada llevaban consigo que fuese sombra ni recuerdo de su pasado bienestar, ello duró poco tiempo. El preciso, medido con rasero, para no parecer descorteses e inhumanos; pero así como vieron que las cuitadas eran dos bocas más para la olla, comenzaron los desaires y las indirectas, y fueles forzoso buscar acomodo en otra parte.

Secretamente guardaba la señora Gerarda (porque eran prendas de las que no quería desprenderse sino en caso extremo), unos magníficos zarcillos, unas arracadas de oro fino de México y un collar de corales; los mismos que luciera el día venturoso de sus bodas.

Viendo, pues, que la estancia con los parientes era cosa imposible, dijo a Inesica:

—Mira, hija, nos habernos de arreglar por nuestra cuenta, pues que tus tíos, si no nos vamos nosotras, ellos nos pondrán en la calle, y no con buenas palabras.

Y aquella misma tarde quedaron las estimables joyas transformadas en unos cuantos cientos de escudos, merced a uno de los ricos plateros que tienen sus lonjas en la calle Mayor.

*

* *

Algunas veces, en los pocos días que llevaban en desgracia, y en los enojosos coloquios habidos con sus parientes, habíales oído decir la señora Gerarda:

—Hay aquí quien está en más grande desamparo que vosotras, pues ni familia tiene, y vive tan ricamente con su industria y la ayuda de Dios (que nunca le falta a ningún buen cristiano), dando hospedaje a los muchachos del estudio; ello con poco se hace, pues aquí, las casas son baratas y no es cara la vida.

Al fin entendió que era esto lo que pudiera estarles mejor y acaso serles lícito y honesto medio de vivir, y puso por obra el consejo.

Y por una de aquellas callejas que circundan la famosísima e ilustre fundación del Cardenal Jiménez de Cisneros, fue establecida la posada que muy presto tuvo huéspedes...

VI

En el que se trae brevemente a cuento la vida estudiantil

Bulliciosa y concurrida hallábase aquella perla del saber, pues teniendo por corazón la mejor sementera de ciencia de España, llena estaba de juventud y buen humor.

Los futuros teólogos que habrían de ser, andando el tiempo, padres graves de la santa iglesia católica, los doctores, médicos en flor, y los sapientísimos retoños del foro y de la política, tenían por suya la ciudad y eran como el alma y la sangre que dan vida a un cuerpo.

Mientras duraba el curso, semejaba Alcalá de Henares un hervidero de alegría; pero en llegando los rigores del estío, quedábase mansamente amodorrada y quieta, como martirizada por las abrasadoras caricias de Febo, que con tantas ansias da en quererla.

Los mayorazgos de notables casas, así por la alcurnia de sus timbres como por la abundancia de doradas efigies de nuestro amado monarca, aposentarse solían en particulares y acomodadas mansiones en que ellos privaban por únicos huéspedes y a cuerpo de rey eran tratados.

Cuando más, solían tener por camaradas de hospedaje algún canónigo de la Magistral, y otro estudiantillo de más baja estofa en cuanto a los pergaminos y a las faltriqueras, que no en lo que a, la inteligencia tocaba, el cual servíale de paje y aun de mayordomo.

Los otros insignes en embrión, que si eran merced no llegaban a señoría, formaban ranchos y hermandades por su cuenta y vivían a salto de mata, haciendo bienes comunes de la pobreza de todos.

No era el escrúpulo moneda que entre ellos tuviese valor alguno, y así, no desperdiciaban medios de atender como bien pudieran a sus necesidades y vicios...

Rectores y corregidores hubo que no serles recomendados un estudiante respondieron que mejor fuera que recomendáranle a ellos a la benevolencia y piedad del muchacho.

Cuántos entraban en aquella fábrica de ciencia mansos como corderos, que apenas osaban levantar la vista, y a los ocho días estaban trastocados en la más bella flor de la briba española...

A los sopistas o bedeles, que eran los estudiantes pobres, que tomaban como quien dice la ciencia sobrante de los ricos, bastábales para su vida con la ingeniosa industria de su magín, que por la incomodidad y escasez traían más aguzada que un estilete.

No más habían menester para allanarse a la vida que la rasgada sotanilla y el apolillado manteo.

En tanto duraba el curso, no les faltaba que llevarse a la boca, y necio o malquisto tenía que ser con todos el que a tan extremo desamparo llegara.

Más no se piense que fueran estos tales la escoria ni la hez del aula, que acontecer solía que fuesen los más estudiosos y los que, andando los años, aumentaban la gloriosa fama de la Universidad complutense; pero en lo que llegaban estos años, más pensárase que íbanse por la posta a aumentar los bienaventurados de la gallofa y engrosar el senado de los pícaros.

Llegada que era la vacación quedaba la Villa limpia de estudiantes.

Los sopistas, que por su pobreza no podían buscar el abrigo de la familia, tomaban camino adelante y visitaban los pueblos de la comarca, pidiendo limosna y siendo la alegría de toda fiesta...

V

En el que se ve a quien hospedaba la señora Gerarda

Apenas abrióse la casa en demanda de gente con plazas para no más de dos, hicieron oposiciones a ellas un lector de cánones y un maestro de capilla.

El último bien poco paraba en la casa, pues el tiempo que no tenía empleado en su menester pasábalo en dar lecciones de solfeo y clave a las damiselas que gustaban de la divina diversión de la música.

El lector, solía ser el único que, fuera de las horas de clase en la Universidad, encerrábase en su aposento. Gozaba fama de ser un admirable orador sagrado, que diz que sus notables eruditos podían muy bien, sin desdoro alguno para ellos, ponerse junto a los del maravilloso fray Hortensio Paravicino y los del no menos insigne padre Sigüenza.

A entrambos huéspedes consagraban hija y madre sus cuidados domésticos, y por más de medio año vivieron todos en santa paz; mas pasado que fue este tiempo, la maledicencia, que es mala y fértil hierba que en todos las campos crece, dio en llamar a la señora Gerarda La Lectora, queriendo con ello dar a entender que más que ama de su casa éralo de su reverencia.

Y como la limpia verdad estaba en que en ninguna de aquellas dos almas había golpeado el demonio de la concupiscencia, pero sí había tenido la mala especie un eco sonoro, llamó una tarde el clérigo a la matrona y hablóle en esta manera, sencilla y sinceramente acongojado.

—Señora Gerarda; sintiéndolo muy hondamente, porque aquí me hallo como quisiera hallarme en la gloria, es menester que nos apartemos para no dar pie a las torpes murmuraciones del malo.

Y al llegar aquí, contó la hablilla, que escandalizó e indignó hasta la señora Gerarda.

Estuvo conforme con la prudente determinación de su reverencia, quien media hora después salía a posesionarse de su nueva posada, en la que no había mujeres guapas que se prestasen a la murmuración pícara y desaprensiva...

Quedó, pues, sólo el maestro de Capilla.

VI

En el que se traba conocimiento con nuevos huéspedes

No eran pasados dos días desde que el señor lector abandonase el cómodo hospedaje, cuando una mañana, ya casi en los confines del medio día, repicó reciamente el aldaboncillo del postigo.

Asomóse Inesica al balcón que daba encima de la puerta para tomar fe de quien llamara, y hallóse con un estudiantazo como de veintiocho a treinta años, que le dijo por vía de saludo:

—Tarde sale el sol en esta calle.

—¿Para eso llamastéis?—replicó la moza un tanto hosca.

—¿Y os parece poco, prenda?

Ya iba a cerrar la muchacha, entendiendo que no era más de galante broma, cuando el otro supo detenerla con tales palabras:

—Espere, niña, que vengo enviado, aunque bien confío que de aquí a no mucho tiempo habremos de hacer buenas migas. ¿Es esta casa la que dicen de la señora Gerarda?

Sí, que es mi madre —respondió Inesilla.

—¿Y no tiene un aposento para alquilar?

—¿Para quién es? Que según la persona que le solicite hay o no.

—Sea mi prenda servida de pedirle licencia para hablar un instante, que no es este asunto para tratado de esta manera.

—Eso haré yo de muy buen grado—tornó a replicar la pulida doncella. —Esperad un poco.

Cerró el balcón y el pretendiente al aposento no hubo de aguardar mucho.

Oyóse de dentro correr un picaporte, y la voz suave y fresca de Inesica, que decía como viniendo de lo alto de una escalera:

—Suba el señor estudiante.

No hízose el tal repetir la orden.

Embocó en el zaguán y cerró la puerta tras de sí.

Así de cómo se halló ante la gallardía de la señora Gerarda, toda la parola que con Inesica gastara y aun la que pensaba gastar, quedósele cuajada entre los labios.

Habló al fin, pero no tuvo arbitrio para evitar que fuesen sus primeras palabras madrigalesca salutación a tan espléndida belleza.

Aunque con agradable sonrisa recogió su merced el elogio, rogó al estudiante que dijese presto la causa que allí le llevaba, pues que los quehaceres de la casa no le daban margen para detenerse en ociosidades.

—Ello es, dueña y señora que así plegue al cielo que lo seáis, como yo acabe con bien el curso)—respondió el sopista—, que un servidor de vuestra merced y un camarada de mejor ver y más repleta bolsa que yo, habernos determinado dejar la posada a que asistimos, en donde por diferencias habidas entre la sordidez del huésped y la liberalidad nuestra, y sabiendo por el lector de Teología, que hospedóse aquí, que su plaza quedaba libre, decidimos venir a solicitarla, pues, siendo nosotros dos, habremos de dar menos quehacer que uno. Si entramos en tratos, yo le fío que la paga será cristiana y puntual y no nada inquisitoriales las comodidades. Aún si queréis que, al uso de las posadas, paguemos el ruido, ya podéis ir haciendo cuenta de meterle en la soldada, que a bien que cantaremos y con sobrada razón, aquel romance viejo que dice:

«Nunca fuere caballero
de damas tan bien servido...»

Receló su merced que fuese aventura estudiantil, y no tuvo empacho para decir su temor, reforzándose con el sincero argumento de ser mujeres solas y honestas, y que por ello no estábales bien cobijar gente alegre bajo su mismo techo.

Dio el mozo todo género de seguridades y excusas, fiando de paso por la formalidad de su camarada, y arreglados que fueron, fuese en busca del tal.

Todos tres, quedaron de momento bien impresionados; Inesica de la apostura y buena gracia del sopista; la señora Gerarda, de la cortesanía de su trato y gentileza de su persona; el estudiante, de la lindeza moceril de la muchacha y de la garrida estampa de la madre. ¡Vaya una mujer!

VIII

Que es continuación del anterior

Ya iba la tarde a muy buen paso hacia los tenebrosos imperios de la noche, cuando presentáronse los nuevos pupilos a tomar posesión de su hospedaje.

Las buenas mujeres habían prevenido muy bien los aposentos, que eran soleados y espaciosos, habían fregado los suelos, enjalbegado las paredes, y mudado las ropas de las camas.

El otro doctor en ciernes a cuya sombra viviera el despierto bedelillo, era mozo como de veinte a veintidós años, también espabilado y de buen parecer, aunque no en la proporción del otro, pues se advertía en él no sé qué empaque y estiramiento de hombre superior, que miraba a los demás como favoreciéndoles, pero así como advirtiera el buen garbo de Inesica, depuso mucho su actitud.

*
* *

Don Luis y Lopillo, que tal se llamaban, no daban mucho quehacer en la casa.

Muy de mañana, que apenas si el sol había visado sus credenciales, dejaban la molicie y calor de los colchones, y luego de haberse desayunado con torreznos y pan del día, acudían al estudio.

Allí estábanse hasta el punto de las doce, en que tornaban a casa, y siempre hallaban manera, luego de comer, para quedarse un buen espacio de parola con las huéspedas.

Lopillo solía ser quien llevaba la voz y el que con más gusto era oído.

Don Luis, si decía alguna cosa (porque con mirar y remirar a Inesica tenía todo el tiempo empleado), no era más que para hablar de la vida de la corte y del bienestar y rango de su casa.

Gustaba mucho la señora Gerarda del buen humor y llaneza de Lope, y así, blandamente, sin darse apenas cuenta, fue cobrándole afición, y a solas con su hija solía decir:

—¡Mas don Luis, si no fuese por lo bien que paga y lo mucho que habemos menester de su dinero, no le tendría en mi casa de aquí a una hora! Tú no le creas y házle de lado, que estos usías empalagosos, si hablan mucho de honor, toman a la vuelta el que hallan a mano y dan a correr con él...

IX

Las mañas de don Luis

La más que notable belleza de Inesica, a quien por este soberbio adorno de la persona llamaban la guapa entrambos estudiantes, iba cada día abriendo nuevas brechas en el ánimo de don Luis, y no perdía instante ni ocasión para requebrarla; pero la moza a todo asedio permanecía impasible, y ya en distintas ocasiones diéraselo a entender.

Divertíanle y agradaban más las graciosas razones y jocundos disparates de Lopillo, que nunca hablábale de amores; lo más que se arriesgaba a decirle era algún donaire por el gallardo aquel de la persona, pero siempre sin apuntarle al corazón.

Y no sabía la niña, porque holgárase de que se trocaran las tornas; que fuese el pobre quien la enamorase, y el rico quien la dijese chistes y floreos.

La señora Gerarda no paraba grandemente en estas cavilaciones de su hija, y si alguna vez veíala un tanto abstraída en el laberinto de sus pensamientos, no pensaba sino que la naturaleza de su carácter, un tanto retraído y huraño, era quien se lo ordenaba,

Demás que aquellas picardegüelas de Lope traíanle el humor de tan buen capricho, que no le dejaban tiempo para otro empleo que hacer glosa y comentario de ellas.

*
* *

Cierta noche, poco antes de retirarse Lope y don Luis al blando recogimiento de las sábanas, franqueóse éste con su camarada y paje, y parece que hablaron de esta manera:

—¡Ay, Lope!, que cada día maldigo más la hora en que se te ocurrió mudar hospedaje.

—Pues, ¿ello por qué? ¿Tan mal nos tratan en éste?

—Harto bien, para mi daño.

—Como no hables más claro, no entenderé una palabra.

—¿Qué quieres que sea, sino que esa niña pues me gusta más que el agua fría en el agosto, y no hay manera de seducirla?; todo lo que tiene de hermosa lo tiene de arisca y soberbia.

—Pero, ¿estás enamorado?

—Encaprichado, porque yo no quiero enamorarme.

—Pues, ¿por qué, si ella es bonita y honrada?

—Hay harta distancia de mi condición a la suya.

—Amor las acortará, que enamorarse no es malo, cuando amor es sincero. Si es que la muchacha te gusta y tú a ella no le pareces mal del todo, dile que se espere los

cuatro años que te faltan para salir con garnacha, y siendo así te presentas un día a la madre y la dices: «Señora Gerarda, alto a casar...»

—No va por ese cauce el agua.

—Pues, ¿por dónde?

—Mira, acostémonos y apaguemos la luz porque no nos adviertan, y de cama a cama trataremos este negocio.

Hiciérónlo así, y como estuvieron acomodados, prosiguieron el diálogo:

—Para lo que tengo ideado te he menester. Yo quiero la flor de Inesica, pero no su cariño. Sé que no soy santo de su devoción, y siempre que me acerco a hablarle de otra cosa que no tenga que ver con el hospedaje, me envía muy enhoramala; por ello he pensado que seas tú con tu labia y tus zalemas, quien la persuadas de esto, que la digas que no soy nada tacaño, y que por una niñería de un instante puedo asegurarle la comodidad de muchos días.

—¡Cuerpo de mil! —rugió, más que dijo, Lope, haciendo crujir toda su cama.— Nunca pensé que fueses tan miserable y me tuvieses en tan poco; que porque a tu costa vivo (claro que a cambio de servirte) me creyeses también con el deber de hacerte oficios de celestina. Pues sabe que no ya por la ofensa que a mí pudieras hacerme, sino por la bellaquería que supone lo que pretendes, has de tener en mí un enemigo desde este punto y hora. Si de acuerdo con su conciencia y contigo se pierde la muchacha, allá Cristo con todos, que no diré «esta boca es mía», ni pondré barrera para que no os veáis; pero si el negocio es sólo de tu cuenta, no olvides que estoy yo aquí para ser tu pesadilla.

—Pues, ¿a ti que te va en ello?

—No más de impedir que hagas en esta casa las felonías a que en otras le ha autorizado tu dinero y le ha consentido mi pobreza.

—Ya caigo en cuál es el interés que te guía, ¡bobo de mí! Es interés de familia. Amor de padre, como quien dice. Pues ved aquí, señor guardián de honras, que por primera providencia, ya que rompes la hermandad que jurada nos teníamos, de mañana en adelante vivirás por tu cuenta y riesgo, y en cuanto a que sin ti o contigo haga lo que tenga pensado, será lo que bien me parezca. Y ahora no hablemos más, que con el coloquio se nos ha ido el tiempo y tengo sueño.

—Mañana ayunará Gálvez, y veremos lo que se ha de hacer; en cuanto a faltarme tu protección (que bendita de Dios vaya), no pienses que me sise un solo ronquido esta noche…

IX

En el que se ve lo que aconteció en el siguiente día

Por ser domingo, los muchachos no habrían de acudir al estudio, y por ello, los quehaceres cuotidianos no demandaban la diligencia acostumbrada.

Este sosiego, equivalía a tanto como que la vida en casa de la señora Gerarda no se comenzase tan tempranera.

Sobre las ocho y media sería cuando don Luis y Lope dejaron el blando y mullido lecho,

En un jardincillo que había a espaldas de la casa, solía entretenerse el bedel, y porque el entretenimiento no fuera ocioso, cuidaba con mucho amor un cuadro de rosales que eran como el corazón de aquella humilde floresta, sacaba agua del pozo, y valía por furrier, a dos docenas de gallinas.

Inesica o su madre ayudábanle algunas veces, pero acontecía que, siendo ésta, sentíanse los rosales un tantico abandonados, harto hidrópico el pozo, y poco satisfechas las gallinas.

Aquella mañana no empleó Lope mucho tiempo en sus cuidados; entretúvose un rato de parleta con Inesica, y terminó diciéndola como érale preciso buscar otro hospedaje de allí a pocos días. Apuntó por disculpa que llegaríale de su pueblo, en aquella misma semana, un hermano, y seríale forzoso vivir con él, a lo menos mientras durase la estancia en Alcalá.

—Pues, ¿aquí no hay lugar? —respondió la muchacha. —Yo trataré de esto con mi madre.

Y sin esperar a más despareció en busca de la señora Gerarda...

Contemplando estaba el hombre sus rosales, cuando sintióse advertido en un hombro por una mano blanda. Tornó la cabeza y hallóse frente a don Luis, que le preguntó con muestras de no guardar enojo por las pasadas palabras:

—¿Qué tal dormiste?

Respondió Lopillo que bien, a que el otro replicó que se alegraba, porque de esa manera habríansele esfumado las quijotescas ideas que sustentara al tiempo de acostarse, y por ende tornarían a ser amigos.

—Si de tu parte —respondió Lope— no has abandonado aquellos pensamientos, no cuentes conmigo, que yo ya me he tomado la libertad que me diste anoche.

—Luego, ¿te vas? —preguntó alegre D. Luis.

—Nos vamos —repuso firmemente el sopista.

—¿Que nos vamos?

—Yo de tu compañía y los dos de la de estas buenas mujeres.

—¿Eso será porque tu hayas tenido a bien disponerlo de esta manera?

Así es, que alguna vez habría de estar mi voluntad sobre la tuya.

—Permíteme, Lopillo voluntarioso y amparador de doncellas menesterosas, que te tome el capricho con buen humor, y olvidemos esta rencilla tan traída por los cabellos; ni te irás tú de aquí ni yo tampoco.

A este tiempo, tornaba Inesica, y al ver juntos a los dos estudiantes, detúvose un tanto contrariada. Apenas D. Luis la advirtiera, llegándose a ella cínicamente, tomóla por el talle y díjola casi al tiempo de estamparle un beso en la boca.

—¿Verdad que sí, prenda?

Pero no había caído el lascivo beso en los puros labios de la ofendida, cuando la nervuda diestra de Lope tomaba al atrevido por el alzacuello de la sotana, y arrastrándole reciamente, dio con él en tierra.

—Escupe el beso, ladrón, mal nacido, decía atarazándole los labios, como si fuese posible arrancarle aquella prenda robada.

Cuando a las voces de Inesica llegó la señora Gerarda, ya estaba en pie don Luis; empujábale Lope hacia la puerta de la calle.

—Señora ama —dijo como vio a la patrona—, os echo fuera la polilla de la casa.

XI

En el que se ve que la caballerosa acción de Lope repercutió con distintos sonidos en los corazones de entrambas mujeres

Apenas repusiéronse todos de la emoción de la escena, y tomó cuenta la señora Gerarda de lamentable acaecimiento que fue causa, dijo Lope que en aquella misma tarde dejaría la casa, pues no era bien que él continuara viviendo en ella.

Protestaron de ello hija y madre.

—Dejad que él vaya noramala, que harto lleva con lo que le dio vuestra mano, y en cuanto a vos, quedaos, que con la ayuda del señor maestro de capilla, no ha de faltarnos la gracia de Dios.

Y como el hombre veíase solo y sin rumbo en la vida, y era más amigo de la comodidad que de las privaciones, no fueron menester muchas palabras más para convencerle; así es que quedóse en la casa.

Inesica, comenzó a pensar, que no otra cosa que un bueno y limpio amor por ella, era quien había obligado a Lope a darlas de tan bizarro con don Luis, y como ella

ya estaba en la edad del querer, comenzó a ensayar si valía para ello, en el desamparado estudiante.

Este, aunque no enteramente, dejaba que la moza se consintiera un tanto, aunque a la verdad, más entendía que era sincero afecto, notablemente reforzado por el agradecimiento de la acción pasada.

Pero, véase en qué manera comenzaba Lopillo a enmarañar los sazonados capítulos de su picaresca novela.

*
* *

Opimo y sazonado fruto otoñal era la señora Gerarda, que aún faltábanle, como ya se tiene dicho, casi dos lustros para dejar la vereda de la juventud.

Como Natura suele ser de suyo pujante y antojadiza, sin haber para nada leyes ni conveniencias, aconteció, que no pareciéndole del todo mal a su merced las asiduidades del mozo, consintióle un algo más de lo que a ella le estaba bien, dada su condición de casada y madre de una hija que ya era mujer.

No hay manera de saber ciertamente en qué fecha comenzara el martelo de la hermosa Gerarda y el tuno Lopillo, ni nadie se ha entrado en detalles de cómo pasaran adelante. No se halla la menor conjetura de si ello aconteció a la hora de la siesta, en alguna tarde de mayo de estas que con tanto garbo imitan a las de agosto, o luego de la cena en una de esas noches nubosas y frías que traen tan a la memoria las glaciales y desapacibles de enero.

Solamente se sabe que ello comenzó por la divina querella de un beso.

Parece que fue una de aquellas mañanas en que tomaban por pretexto el cuidado del jardincillo, para estar juntos.

Tenía la señora Gerarda un gracioso lunar encima de la boca, y Lope comenzó a decirla que era un beso que se le había fugado de los labios, que se le diese luego porque no estuviese errante sin saber dónde meterse.

Pereció harto mal el atrevimiento, escuchó el sopista lo que no se esperaba, de que quedó muy apesadumbrado y con pocas ganas de segundar en la demanda; pero al cabo de un poco tuvo ánimos para alzar los ojos hasta los de la ofendida, y vióles tan propicios al perdón, que no parecía sino que por ellos se escapaba el beso negado.

A la mañana siguiente, acompañándose Lope con la vihuela, que tañía maestramente, cantaba con muy buena voz y linda música este soneto, el cual fue como llave que le abrió francamente y de par en par, con toda clase de honores, el corazón y la honra de la espléndida mujer de El Degollado:

Un beso un día le pedí a mi amada,
y ella indolente me negó el pedido,
lanzándome al negar, muy encendido,
un rayo de rencor con la mirada.
Entera el alma me dejó angustiada,
pues nunca hubiese, ¡vive Dios!, creído

que entendiese por fruto prohibido
esta fruta de amor tan sazonada.
Pensativo quedé, pasó un momento;
me miró, y al hallarme descontento,
desvanecerme quiso los enojos,
descendió del altar de sus agravios,
y el beso que negara con los labios
me lo dio con la gloria de sus ojos.

Y desde que cayera el postrero verso, los seductores labios de la señora Gerarda fueron para Lope un caudaloso manantial de besos.

Tan bien parece que llevaban el martelo, que nadie podría darse por enterado, y menos que todos la inocente Inesica, a quien Lope festejaba y atendía de suerte que la moza teníale por muy aficionado y devoto de su persona...

XII

Bogando en galeras

Por ocho años había El Degollado de bogar sin sueldo en las galeras del rey. Dos llevaba al tiempo que por aquellas torcidas sendas caminaba su honra.

El arráez de los forzados decía que aquel hombre era el más sufrido y pujante remero de la nave, y era porque, en el impulso con que movía el remo, hacían fuerza a un mismo tiempo el odio no extinguido al villano que le obligó a perderse, el amor de su hija y de su esposa y las ansias de verse con ellas. Antojábasele que remando con ímpetu acortaba las distancias del tiempo...

Apenas si en las horas de descanso platicaba con alguien. No quiso amistades con gente maleante, que más que por sus delitos, servían en la marina por oficio, pues cuando finaban una condena, hacían otra nueva fechoría, para no dejar el puesto.

Siempre ahorraba las pendencias por ahorrarse aumento de castigo; pero una vez en que un mulatazo, más negro que el cordobán, pensó ser miedo lo que no era sino prudencia, y quiso divertirse a costa del honrado delincuente, tal revés dióle, que toda la boca se la dejó con el recuerdo de cuatro muelas y un colmillo.

Desde entonces, del arráez abajo, nadie era tenido en tren de tanto respeto como el señor Degollado.

Pero él de su parte ni poco ni mucho ponía mientes en tales respetos y consideraciones, que en todos los latidos de su corazón y en todas las ideas de su atormentado cerebro no había más que dos ilusiones:

Gerarda e Inés.

Tan sólo había tenido de ellas una carta, llevada por un muchachillo astur, que fuese a Indias en busca de fortuna y embarcaba en aquel puerto de Cartagena.

¡Cuánto pudo el infeliz maldecir su mala estrella y desear la eterna condenación al miserable que teníale en aquel estado, y cuánto pudo llorar! Toda la amargura que tienen las aguas del Mediterráneo la sintió brotar de sus ojos.

—Señor, —imploraba— dame paciencia; dame resignación, déjame ser bueno para salir pronto de aquí. Acaso vengan prósperos sucesos para la corona y Monarquía de España, que rebajen un algo tantos años de cautiverio.

Y remaba con toda su vida y toda se alma, como si Alcalá de Henares fuese puerto marítimo y la galera tuviese enfilada la proa hacia la docta ciudad...

XIII

En el que se ve caminar el martelo con firmezas de matrimonio

La casa de la señora Gerarda prosperaba de día en día, que ya no sólo era hospedaje del maestro de capilla y del bedelillo enamorado, sino que había por huéspedes otros dos estudiantes de muy buenas familias, que pagaban su asistencia y manutención cómo virreyes, y no estaban en la posada más del tiempo preciso para comer y descansar.

Lope, más privaba allí como amo, y hay quien sostiene que, con los postreros resplandores del deshonesto amor de la señora Gerarda, casi llegó a tomar autoridades de marido.

Inesica desvivíase por cazarle los pensamientos, y quejábase a solas de que fuese el hombre tan torpe en adivinar el interés que a ello le movía. Mas he aquí cómo la ordenó el Diablo para que la infelice viniese en el terrible conocimiento de todo.

Era una mañana de domingo, en que la moza había salido a misa.

Apenas la madre viérala salir por el zaguán, corrió al aposento de su oíslo, y díjole llorando:

—¡Ay Lope mío, lo que habernos hecho, que no hay desgracia tan irremediable como esta que me sigue!

—Pues, ¿qué es? —preguntó aquél, sin alzar apenas los ojos de un libro en que fingía estar leyendo.

A que respondió la dama:

Que aquellos temores míos de que nuestro cariño floreciera, como es natural que florezca, ya llevan muy adelantado camino para ser realidad.

Una mina, colocada en el mismo escabel en que el sopista se asentaba, no hubiérale hecho saltar con tan grande violencia. No respondió palabra y comenzó a pasear calurosamente por el aposento.

Ocupó Gerarda el lugar abandonado, y tampoco habló durante un dilatado espacio.

—No tuviera yo una hija moza —habló al cabo— y ya sé yo cual fuera el remedio de este mal paso.

—¿Cuál? —preguntó Lope.

—Marcharnos juntos de este pueblo y correr a la ventura, siempre lejos de donde se halla aquel inocente que sufre en galeras.

—Buen género de vida sería ese, pidiendo de puerta en puerta, porque has de saber que aún me faltan dos años para licenciarme —replicó el sopista.

—Así, no más que una solución veo —continuó la dolorida, alzándose del asiento—, y es que las aguas del Henares cubran eternamente mi bellaquería...

Nada respondió el galán, bien porque entendiese que tal pensamiento era sólo hijo de la natural desesperación, o porque encanallándosele el sentimiento, pensase que este era el mejor desenlace de aquella tragedia.

Oyóse la voz de Inesica en el zaguán, y corrió la madre a recibirla. No pasaron desapercibidas para Inés las huellas de las lágrimas, y así dijo:

—Su merced ha llorado.

Gerarda aseguró que no; pero tanto porfió la moza, que no halló mejor disculpa que esta:

—Sí, hija, he llorado. Hoy se cumplen dieciocho años de mi casamiento con tu padre.

—Diz que ya saldrá pronto —replicó Inés. —Ahora mismo lo oí en la plaza, pues dicen que con motivo del nacimiento del Príncipe de Asturias, que fue ayer, se ha dado indulto general.

Tomó un desmayo tan cruel a Gerarda, que Inés y Lope creyeron que érale llegada su postrera hora...

*

* *

Todo aquel día fue triste en la casa.

Inesica no acertaba con el motivo, pues de sobra conocía que la pronta llegada de su padre no debía de ser motivo de pena, sino de regocijo.

La señora Gerarda no salió de su aposento.

Inés quiso, como teníalo por costumbre, buscar algún divertimiento en la donosa cháchara del bedel, y no le halló en toda la casa.

Salió apenas comiera, y ya muy entrada la noche no había tenido a bien volver.

Las nueve habían sonado en la Magistral; habíanse levantado ya los manteles y dadas las gracias a Dios por aquello del pan de cada día, cuando apareció Lope, diciendo que no le apetecía cenar por no encontrarse nada bien, y entróse en su aposento.

Si en la voluntad de Gerarda hubiese estado empujar la marcha del tiempo hasta ponerle en las once de la noche y acelerar el sueño de los demás, hubiéralo hecho, aun a trueque de la vida.

Al fin quedó en silencio toda la casa.

Fueronse de bureo los estudiantes, recogióse a sus estudios el maestro de capilla y a la blandura y calor del lecho la angelical Inesica. Cuando pensó Gerarda que nadie más de ella y Lope quedarían en pie, dirigióse al aposento de este.

Alzó cuidadosamente el picaporte de la puerta y empujó con tino, porque de fuera no se advirtiese el chirriar de los goznes,

—¿Duermes? —decía,— ¿Por qué estás sin luz? ¿Qué te pasa? ¿Cómo te dejaste la ventana abierta?

Todas estas preguntas hacíalas mientras avanzaba a tientas.

—¡Lope! ¡Lope! —tornó a llamar, advirtiendo que sus palabras caían en el silencio.

Llegóse hasta la cama, y notó como estaba vacía y sin deshacer.

—¡Lope! —llamó de nuevo, con voz más recia y ya casi sin curarse de que pudieran oírle de fuera.

Salió y fue a tomar una luz en la cocina.

Cuando dio de nuevo en el aposento, hallóse con que ni rastro quedaba del estudiante. Los pocos libros, que eran todo su equipaje e impedimenta, habían desaparecido. Sobre el embozo de la cama había una media hoja escrita. Tomóla Gerarda, y hallóse con que decía de esta suerte:

> «Gerarda: Perdóname si huyo; pero tomaste el amor demasiado en serio. Sabes muy bien que yo soy hombre de pocas formalidades, y más cuando ellas son como la presente, de la que no se puede salir sino con los cascos rotos. Adiós, pues, que me mudo. Quédete en este abandono mío el consuelo de que siempre conservará mejor y más grato recuerdo Lope de ti que tú de LOPE...»

—¡Infame! ¡Cobarde! —rugió Gerarda.— ¡Voto a Dios! que como te halle a mis alcances me has de pagar la felonía.

... Puesta de pechos en la ventana quedóse llorando y mirando por dónde se le fue el amor. Un buen espacio llevaba de esta manera cuando, advirtiendo Inesica que era ya muy tarde y su madre no acudía a buscar el reposo, salió a su encuentro.

No vio en toda la casa otra luz que la que salía del cuarto del sopista, y allá se dirigió, pensando que estuviese enfermo y que acaso su madre le asistiera.

Entró y halló a su madre como ya se ha dicho.

—¿Qué hacéis aquí?—preguntó.

—Mirando por dónde se fue —dijo Gerarda.

—¿Quién? —tornó a preguntar la moza.

Y la infeliz matrona respondió abrazando desesperadamente a Inés y manchándola el rostro de llanto:

—¡¡El padre de tu hermano!!

XIV

En el que se ve el sacrificio de su hija Inés

El duelo y desencanto de la niña no tuvo límites. Casi sobrepujaba a los temores y sobresaltos de Gerarda.

En el mismo punto en que supo aquel capítulo deshonroso que tan de cerca le tocaba, cayéronsele al suelo dos ídolos: su madre y Lope.

Tenía ella un callado y acendradísimo culto por el estudiante, y queríale porque pensábase que iba camino de su buen amor.

Pero viendo cómo el deshonor de su madre llevaba trazas de dar fruto, no pensó más de en ella y en la manera cómo habrían de componérselas para que no llegase la noticia al padre, que estaba para salir de las galeras.

Gerarda sólo pensaba en huir a la ventura; pero la hija, siendo en este duro trance la fuerte, dábale ánimos de que se sosegara, diciéndola que un Dios hay en los cielos que ampara a los desgraciados y les da fuerzas para sufrir.

Ya el hospedaje de clérigos y estudiantes había pasado a la historia, y vivían sus mercedes en un barrio apartado de la ciudad.

En esto, salió a la plaza del mundo la cosecha que sembrárase con tanto ahínco.

Pensado tenían dejarla en la misericordia al amparo de Dios; pero así como le vieron, tan reciamente despertó en las dos mujeres el amor maternal, que determinaron arrostrar con él todas las tempestades del mar de la vida...

Así como en secreto vino al mundo, fue bautizado en secreto.

De padrinos sirvió un matrimonio pobre que pedía en el atrio de Santa Úrsula.

Cuando Inés tornaba de la iglesia con el nuevo cristiano, díjole su madre:

—Mira, Inés, cómo se avecina nuestra irremediable desdicha; acabo de recibir pliego de tu padre.

—Y ¿qué dice? —preguntó la muchacha, olvidándose por un instante de todos los infortunios.

—Que el indulto general concedido por el nacimiento del Príncipe, y suspendido hasta ahora, es un hecho, y que de aquí a tres semanas estará con nosotras.

—Y ¿qué se le da a su merced de lo que tenga que pasar?

—Pues, ¿a quién entonces?

—A mí en todo caso, pues Ginesillo no le toca a su merced otro parentesco que el de nieto.

—No, hija, no; eso es imposible; no pienses tal disparate.

—Pues, mire, que ello tiene de ser en esta manera, y ya de por fuerza, porque no hay medio de deshacer lo hecho.

Y dirigiéndose a los pobres, les dijo:

—Hablad vosotros. ¿Quién es la madre de este niño, y como tal figura en el libro de nacimientos de la parroquia?

Y entrambos respondieron a dúo:

—Vuestra merced.

Y luego de que se quedaron solas hija y madre, continuó ésta: —¿No ve su merced que un marido como el suyo no perdona nunca, mientras que un padre como el mío perdona siempre...?

Aquí se da fin a la novela de *Casa para estudiantes*

Madrid—julio—1917.